

ORDENACIÓN PRESBITERAL DE ANTONIO MARRERO DÍAZ

Homilía de Mons. Emilio Aranguren Echeverría, Obispo de la Diócesis de Holguín

S.I. Catedral de San Isidoro, Holguín, 13 de junio de 2018

Lema sacerdotal: "Permanezcan en Cristo" (1 Jn. 2,28)

Lecturas bíblicas:

Isaías 61, 1-2: El Espíritu del Señor está sobre mí

Salmo 115: El cáliz que bendecimos es la comunión de la Sangre de Cristo

Marcos 16, 14-20: Vayan por el mundo y proclamen la buena Nueva

Querido Antonio:

La Iglesia celebra hoy la fiesta de San Antonio de Padua, por tanto, es tu santo: ¡Felicidades! En tu familia te llaman: "Toñito". Felicidades a los Antonios y Antonias. También hoy es la fiesta patronal de la Parroquia de Chaparra, que ya la celebraron en la mañana. ¡Felicidades!

Hace dos días el día 11, celebramos la fiesta de San Bernabé, quien no fue del grupo de los Doce, pero que, junto a San Pablo, sí forma parte de quienes reciben el título de "Apóstoles". San Bernabé aportó al colegio apostólico una gracia muy especial. Una gracia que muchos de nosotros necesitamos hoy. Bernabé fue "buen amigo de Pablo", lo acompañó, lo representó. Basta leer Hechos 9, 26-30 para darse cuenta que los Doce se fijaban más en la historia humana de Pablo, de lo que había hecho, de cómo se había comportado y, por eso, le dejaron la puerta entrejunta, no se la abrieron de par en par, y Bernabé, aunque había expresado cómo Dios estaba actuando en él, prefirió que tomase tiempo y que fuese a Tarso, luego a Antioquia y, después, cuando ya se convencieron que Pablo había sido "vaso de elección", entonces escucharon y valoraron lo que ambos -Bernabé y Pablo- habían hecho en el mundo pagano. Lo explica el libro del Eclesiastés: la vida tiene su ritmo y su tiempo. De ahí la importancia "del poco a poco" para quienes confiamos en Dios.

Comparto unos datos sencillos. Antonio nació hace 29 años en "La Torcaza", campo adentro, cerquita del Cruce de Guanamao en la Carretera Central de Holguín a Tunas. Allí fue a "la escuelita de campo" de grado múltiple. Como dato curioso comparto con ustedes lo que dice la Wikipedia del animal que conocemos como torcaza: "ave de la familia de las palomas que habita en las islas de El Caribe. En Cuba es la mayor de las palomas y también la más amenazada. Prefiere los campos poco arbolados, (¡!) no se desbandan cuando se les dispara. Se alimentan de pequeños frutos y semillas y hacen un nido simple con ramitas y yerbas secas en las ramas de los árboles". ¡Que ave tan sencilla y, sin embargo, qué firme y, a la vez qué amenazada! Pues Antonio nació en La Torcaza.

Cuando Antonio se acercaba a cumplir los 17 años, fue bautizado en San Andrés por un fraile franciscano, acompañado de su tía abuela Martha (que está aquí hoy, junto a él, como Bernabé con Pablo). Y, a partir de allí, empezó a ganar espacio dentro de él la inquietud vocacional. En la Pascua del 2006 recibió la Primera Comunión (de manos del P. Jorge Inocente Fernández) y en la fiesta de San Pedro y San Pablo de Cacocum, del 2009, recibió la Confirmación junto a otros dos jóvenes. Es decir, Antonio vivió el proceso de la Iniciación Cristiana.

Y así, como Pablo, que de Jerusalén fue para Tarso y después para Antioquia; también Antonio, de La Habana para Santiago y, después, regresó a La Habana pasando por Fray Benito, mientras cursó los estudios de filosofía y teología hasta que, concluido el período de formación en el Seminario, fue enviado a la parroquia de Manatí en agosto del año pasado. El 3 de marzo recibió el diaconado en la Parroquia Mayor de San Jerónimo en Las Tunas y, acabamos de participar en el llamado que se le hizo para recibir el presbiterado y, juntamente, la presentación sintética de su trayectoria e idoneidad.

Tengamos en cuenta que Antonio ha vuelto a responder: ¡Aquí estoy! Por tanto, de acuerdo al Ritual de la Ordenación, después del diálogo en el que asumirá sus compromisos sacerdotales como miembro del presbiterio diocesano, impondré mis manos sobre su cabeza, rezaré la oración de consagración y, poco después, le ungiré las manos con el Santo Crisma que consagré en este mismo altar en la Misa Crismal, habiendo sido el mismo Antonio quien trajera hasta el altar el ánfora con aceite y el aroma.

También resulta interesante, queridos hermanos, pensar que la vida de San Antonio de Padua, integró "lo humano y lo divino" (igual que Pablo, que Antonio, que cada uno de nosotros). El nombre con que lo bautizaron fue Fernando y era portugués, nacido en Lisboa, pero quería ser misionero en África (Marruecos) y zarpó hacia ese rumbo, pero las aguas del Mediterráneo -al igual que a Jonás- lo llevaron para Italia y fue allí donde vivió como fraile franciscano y ejerció su ministerio, organizando -como sucesor- lo que dejó iniciado San Francisco de Asís y dándole cuerpo como Orden de los Frailes Menores. Es curioso, San Antonio de Padua fue declarado Doctor de la Iglesia por Pío XII en 1946, por haber sido gran teólogo, predicador y taumaturgo. Lo llaman "Doctor evangélico". Sin embargo, como las cosas de Dios son así, el pueblo creyente acude a San Antonio como "abogado de las cosas perdidas", "quien busca novio a quien le pasan los años" y "ofrece el pan a los pobres" (al final de la Misa bendeciremos el Pan bendito de San Antonio, como se hace en Chaparra y también en Banés). Esto significa que fue un fraile teólogo que se hizo pueblo con sus ovejas, se abajó, no se encumbró.

Esto que, hasta ahora, he compartido, es palabra humana y es bueno iluminarla con la Palabra de Dios. Para eso se han proclamado dos lecturas y rezado el Salmo responsorial.

Por lo ya sintéticamente expresado es por lo que Antonio, en este momento, convierte en oración algunos de los versos del Salmo 115. Nosotros lo rezamos con él. Él puede decir: "Señor, yo soy tu siervo, hijo de Milagros; Tú, Señor, rompiste mis cadenas", [lo que mucho más "que rompiste mis yareyes". El yarey te identifica como hombre de campo, las cadenas te recuerdan que eres frágil, pecador]. "Sí, Señor, Tú rompiste mis cadenas. Por eso, Señor, te ofreceré un sacrificio de alabanza y -apoyado en Ti- cumpliré las promesas que hoy haré en presencia de todo el Pueblo de Dios aquí reunido. Por eso, Señor, en el momento en que el Obispo me entregue el cáliz que contiene tu Sangre redentora, junto con él, "alzaré la copia de la Salvación invocando tu Nombre".

Para ese momento, Antonio, habrás recibido el Don del Sacerdocio y tus manos habrán sido unguidas como expresión externa de la unción interior por la presencia transformante del Espíritu Santo en tu vida y para siempre. Después, cuando te entregue el pan y el vino, te diré: "Considera lo que realizas e imitas lo que conmemoras". Pídele a Dios la fe necesaria para creer profundamente en este Sacramento que hoy recibes. Este será el fundamento para que el lema por ti escogido: "Permanecer en Cristo" no es una frase para un recordatorio o un afiche divulgativo, sino que sea una promesa hasta el día en que el Señor te diga: "¡Ven, servidor bueno y fiel, has permanecido en mí, pasa al Banquete de tu Señor!"

Los sacerdotes que te acompañan -tanto los del presbiterio diocesano que te acogen, así como sus compañeros y sacerdotes amigos venidos para esta ocasión- también te impondrán las manos. En ese momento, cierra los ojos [de lo contrario vas a perder el tiempo identificándolos por los zapatos] y, en tu interior, pídele a Dios que tú te comportes como hermano con cada uno de ellos y, después, cuando abracés a cada uno, estarás abrazando a un hermano que, al igual que tú, quiere ser Hombre de Dios, Hombre de Iglesia y Hombre del pueblo que le ha sido confiado. Nunca entre sacerdotes debe haber competencia porque todos estamos configurados a Cristo por el mismo Sacramento y la misma misión. Mano con mano, hombro con hombro, corazón con corazón. ¡Esta es la comunión en Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote!

Es el Espíritu del Señor quien te hace vivir "el destino" como "envío". El obispo no te destina, sino que te envía. Por eso, entre los curas no hay escalafón. El sacerdocio no es una carrera en la que hay aspiraciones. La aspiración es solo una, y es la de todos: "ser otro Cristo para servir a mi pueblo". Antonio, ya se quedó atrás -en el baúl de la historia- la distinción que se hacía entre parroquia de ingreso, de ascenso y de término; y esto se superó porque no le hacía bien a la Iglesia y, tal vez hoy se experimentan algunas de sus consecuencias.

Eres servidor, Antonio, y para eso el Señor te unguirá. Por favor, comparte buenas noticias, vendar las heridas que encuentres abiertas, testifica que el Señor rompe las cadenas y hace gustar la verdadera libertad, consueta siempre, brinda y celebra la gracia del Señor que es la que cura, la que cierra las heridas, la que ayuda a olvidar por amor, la que no deja cicatrices. Ten en cuenta que, con las personas que a diario te encuentras, ya experimentan el amor de Dios en sus corazones, por tanto, acércate a ellas con respeto y amor porque la bondad de Dios está siempre presente en sus criaturas. Por eso, me permito repetir lo mismo que expresé cuando la ordenación del P. Pablo Emilio -hace ya más de diez años-, el título más hermoso que pueden darte tus actuales ovejas, querido Antonio, que son los laicos y cuantos viven en Manatí, Puerto y Dumañuecos es: "este es el cura del pueblo o, aún mejor, éste es el cura de nosotros".

Hace unas semanas te sugerí la lectura del libro "Pecador perdonado", ya que, si tú te sabes curado por el perdón de Dios, curarás con la misericordia del mismo Dios, de la que -a partir de hoy- eres instrumento cualificado y por eso "curarás corazones desgarrados", es decir, como escuchamos en el Evangelio: "expulsarás demonios", tendrás capacidad para no hacerle caso a las habladerías de las gentes (que es el veneno de las serpientes) e, irás a muchas casas, hogares de ancianos y hospitales "imponiendo las manos sobre los enfermos y se pondrán bien". Cógelo el gusto a tu ministerio ya que la caridad pastoral es lo que te identifica como sacerdote de Jesucristo. Ese es el secreto del celo o ardor apostólico que debe caracterizarse.

Termino, al igual que en la ordenación como diácono, con dos consejos fraternos e, incluso, paternales: Querido Antonio, cuando te levantes, haz la señal de la cruz y dedícale el día a tu Señor. Reza las oraciones del cristiano (eres hijo de Dios, especialmente, desde el Bautismo): Padre Nuestro, Ave María y Gloria. Haz el ofrecimiento del día, y después -antes de ver si recibiste mensajes o alguna llamada perdida- por favor, Antonio, abre la Liturgia de las Horas, sea en el libro o en el Prex, si lo tienes en el celular. Este gesto te dice lo que verdaderamente es primero para ti. Ese debe ser tu Señor, al que hoy quedarás configurado como sacerdote. Si buscas primero un mensaje o buscas conectarte con "nauta", entonces el Señor no es lo primero en tu vida, ya que tú mente y tu corazón están en otra prioridad que no es el Señor.

Al acostarte, no reces de carretilla: "Gracias, porque al fin del día...". Ofrecele al Señor la jornada que concluye y deja en sus manos -como ofrenda- lo bueno que hiciste, también lo no tan bueno para que Dios tenga misericordia, y no te olvides de las omisiones que hayas tenido para que, al día siguiente, Él te de la fuerza necesaria para que superes la poquita sensibilidad y capacidad de entrega que te faltó para, de esa forma, dar un pasito adelante en la vivencia de la virtud.

Dios permita que tu integración en nuestro presbiterio diocesano, favorezca la comunión entre las generaciones que lo forman, y así como José y María acoplaron con Simeón y Ana el día de la Presentación de Jesús en el Templo, también todos nosotros sigamos cantando con nuestra vida sacerdotal las bondades del Señor y continuemos dándole a nuestro pueblo -con alegría y esperanza- "la vida en Dios". Amén.